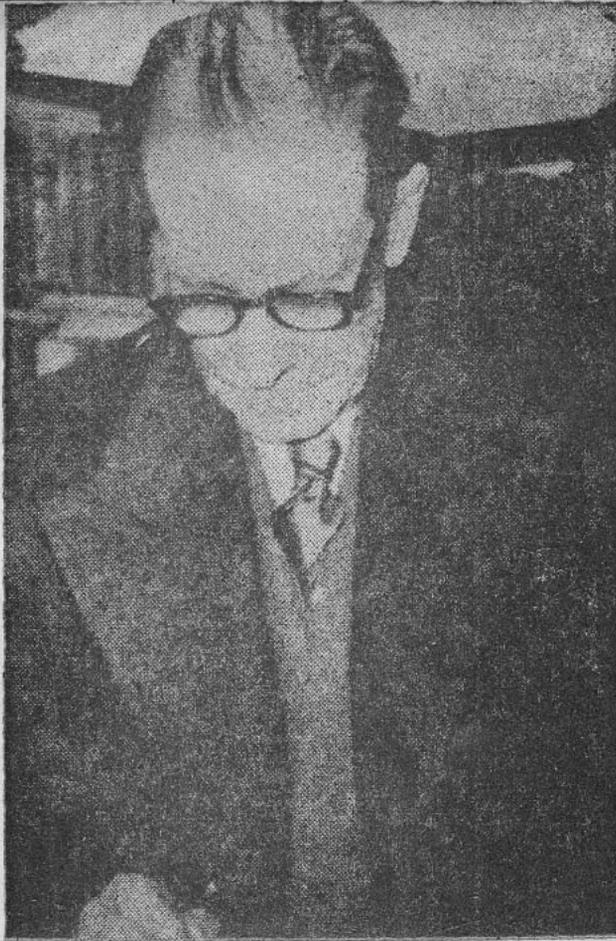


El Sur concepción, 28-IV-1974 Pág. 5.-



Mariano Latorre: hispanofilia más que de libros, de corazón.

## Mariano Latorre y Su Hispanofilia

Por Antonio R. Romera.

Mariano Latorre dijo en una entrevista que le hacía Guillermo Díaz Plaia: "Mi hispanofilia, más que de libros, es de corazón." Y era verdad. A la lectura de una página de Pereda habría preferido pasear por un barrio de Santander y oír la parla de una santanderina. Su amor a la patria de Cervantes pudo ser vivencia pura y no un "amor intelectualis". Por lo menos era lo que gustaba en proclamar.

Mariano Latorre, considerado como cultivador máximo de las facetas inspiradas en la savia vernacular y su intérprete sutil y penetrante (se le ha llamado "mago del criollismo"), es un cumplido hispanista. Por devoción, por inclinación temperamental y, aún más, racial, su obra rezuma lo ibérico en forma inmaterial, que, claro es, no desmiente el sentimiento honrado de su propia cuna.

Con frecuencia Mariano Latorre se ha complacido en la broma de considerarse nacido a bordo de un barco (¿naomato?) que abandonaba el puerto de Burdeos, lo que justificaba, según él, ese balanceo de capitán de alto bordo característico de su deambular callejero. El carácter irreal de la historia se puede establecer, entre otras cosas, por la circunstancia de que Burdeos carece de puerto. Arcachón, un barrio muy alejado de esa ciudad, es su puerto. Latorre era autor de muchas de las fantasías que lo fueron haciendo famoso.

A pesar de su nariz respingona, "gabachina", como la proclamó Ricardo A. Latcham, el autor de "Zurullita", era ibérico por los cuatro costados: vasco, castellano, levantino, catalán.

Su temperamento anárquico sentía una repulsión instintiva hacia lo convencional y lo solemne. En un espíritu chileno (de Constitución, doblemente chileno, proclamaba) se estaban dando la mano el humor hispano y la medida y el orden gallos.

Su método de trabajo destacaba por la lentitud acuciosa, recordándonos la Gironde de sus mayores. La manera de disipar, de desperdigar el extraordinario talento creador, venía de los otros abuelos hispanos. Podríamos decir que M. L. más que hispanófilo era producto auténtico de la misma España.

Sus admiraciones más entrañables estaban dirigidas a determinados escritores peninsulares. A veces Dickens o Conrad se llevaban una charla erudita y a ratos emotiva de media hora del profesor que sabía ser artista y disertar. Mas su tono elocuente, su voz más grave, su razonar sutil y profundo era inspirado por Cervantes, Galdós, Pereda, Machado.

En una de sus disertaciones ambulatorias en compañía de Duraand, de Latcham y de las que fue muchas veces testigo privilegiado, penetraba en los recovecos complicados de la creación cervantina o galdosiana. De pronto apoyaba su razonar en una idea final, resumen y síntesis de su tesis y, deteniéndose con brusquedad, lanzaba la frase con un movimiento de larga torera al tiempo que sus ojillos de uva quedaban parpadeando presurosos y la boca dibujaba un gesto hueco que era asombro y afirmación.

No era el autor de "Ully" hispanófilo al estilo de Curtius, Marcel Bataillon, Brover o Farinelli, aun cuando su conocimiento de la cultura española pudiera emparentarlo a esa brillante pléyade.

Todos ellos han recorrido las rutas peninsulares. Pero M. L. no. Empero presentía el paisaje y lo intuyó a través de los relatos de los escritores. Recuerdo la emoción con que leyó la estampa con que hazaña describe el desenterramiento de una estatua greco-romana en el campo de Tarragona.

Si M. L. hubiera recogido lo que desgranó sobre lo mejor de la España que intuía, sus maravillosas interpretaciones verbales, la crítica esmaltada de ironía y humor de sus defectos y la exaltación de sus virtudes habría reunido casi tantos volúmenes como los publicados.

Como Jean Cassou, M. L. amaba a España y a sus gentes. Esto no excluía en el escritor el conocimiento de otras culturas. Y por supuesto la de su propia patria. Al comienzo de "Mapu", uno de los libros más hermosos, sinfonia de la vida y de los rincones chilenos, colocó como divisa una frase de Flaubert: "Hay tierras que uno desearía estrechar contra su corazón." Y eso es lo que hizo con Chile.

"Yo tenía que escribir sobre mi patria. De España tenía que sentir una emoción diluida" —dijo una vez—. "Y si lei al colombiano Carrasquilla y al belga Camille Lemonnier es por lo que en ellos había de semejanza espiritual con Pereda".

Disertaba sobre aspectos marginales a la literatura pura: el cante jondo, la zarzuela, la capa española. Anotaba minuciosamente cualquier detalle que le transmitía el poeta Eleazar Huerta.

Además la hispanofilia de M. L. se desarrolló en unos años en los cuales todo lo referente a la cultura española estaba de capa caída. Hablar de esa cosa rara y "démodé" que era la "cultura española" suponía un acto de osadía e imprudencia en medio de unos medios intelectuales algo enfermos de esnobismo.